



La cocina encuentada de

El Quijote II

Teresa Pérez Hernández

© 2015, de esta obra	Teresa Pérez Hernández www.lacocinaencuentada.com
© 2015, de esta edición	Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha
Coordinación editorial	Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes
Coordinación de contenidos	Teresa Pérez Hernández
Textos	Teresa Pérez Hernández
Dirección de arte y diseño	Coral Corona – CmásC Publicidad
Ilustración	José Luis García Morán
Fotografía	Teresa Pérez Hernández
Cerámica	José M ^a Gil Martín
D.L.	TO435-2015
ISBN	978-84-7788657-0
Primera edición	Marzo de 2015

Pérez Hernández, Teresa

La cocina encuentada de El Quijote II / Teresa Pérez Hernández

1^a ed. - Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2015

144 p. : il. col.; 20 x 20 cm. - (Educación y pedagogía; 6)

D.L.: TO435-2015

ISBN: 978-84-7788657-0

1. Cervantes Saavedra, Miguel de (1547-1616). Don Quijote de la Mancha.

2. Cocina - Recetas

I. Castilla-La Mancha. Junta de Comunidades

821.134.2 Cervantes Saavedra, Miguel de 7 Quijote

641.5(083.12)

821.134.2-32

Índice

	Prólogo Institucional	9
1.	Quijote y Sancho abren el telón y guían la historia <i>Calamar gigante con mahonesa de cilantro</i>	12
2.	Autorretrato de Cervantes <i>Bacalao Ajoarriero</i>	18
3.	El durmiente cuenta su historia <i>Chocolate con tortas</i>	24
4.	La soledad de Argel y el primer encuentro <i>Galerada deliciosa</i>	30
5.	Origen y primeros pasos de Antonio Baks de Groot <i>Codillo del puerto de Ámsterdam</i>	36
6.	El equipaje invisible de Argel y otros recuerdos palpables <i>Cordero argelino con cous cous</i>	42
7.	De Tarragona a Madrid, testigo del fraude <i>Pulpo al ajillo</i>	48

8.	Antonio respira y es puesto al corriente Gigote español	54
9.	El regreso de Quijote y Sancho y un japonés como excusa Salmonetes en brocheta con salsa de soja	60
10.	Saliendo de una boda al prodigio de Montesinos Alboronia	66
11.	Con el corazón en Sevilla y la cabeza camino de Zaragoza Entrecot con crema de queso y jengibre	72
12.	Agasajados y engañados, después del barco encantado Sopa de truchas	78
13.	Ínsulas, amores y chanzas en la casa de los duques Crema de calabaza con su aceite y queso viejo	84
14.	Sancho, gobernador y protagonista Magret de pato flambeado con mermelada de tomate	90
15.	Frente a frente con el fraude Níscalos con chorizo	96

16.	Barcelona al final del camino de ida Codornices alabardadas, rellenas de turrón	102
17.	Con la brisa en la cara girando a poniente Rollitos de potaje elegante	108
18.	Con el viento en la frente y la arena entre los dientes Sopa de espárragos	114
19.	El regreso por los caminos de ida y vuelta Alforjas de solomillo rellenas de manchego	120
20.	Antonio y don Quijote emprenden sus viajes Ginestada	126
	Personajes	132
	Equipo	137
	Bibliografía	140
	Agradecimientos	142





na de las visiones más bellas que el ser humano puede disfrutar es contemplar la salida o la puesta del sol en cualquier punto del litoral de la cuenca del Mediterráneo.

El paso lento de los minutos parece convertirse en un prelude de la eternidad cuando nuestros sentidos se envuelven en una fantástica melodía de colores, que van cambiando con una gama de matices casi infinita, que recogen la totalidad del conjunto cromático que compone la Creación.

Esta sensación placentera despierta nuestra curiosidad, que rápidamente empieza a ser recompensada por una variada oferta de olores y sabores que nos remiten a lugares remotos. El Mare Nostrum es una cuenca receptora de culturas, tradiciones e ideas, que, acrisoladas por sus cálidas aguas, han dado lugar a grandes creaciones, fantásticas leyendas, épicas historias, hazañas inverosímiles.

Esta confluencia de las más variadas fuentes explica el surgimiento de genios artísticos que a lo largo de diversas generaciones han sabido asumir y expresar esta riqueza patrimonial. El Greco constituye, sin duda, uno de esos excepcionales artistas que han logrado mostrar con su magisterio una nueva forma de representar el rico legado de raíces mediterráneas. Como un Odiseo en busca de su patria, Domenico Theotocopulo, inició un viaje para intentar asentar su patria creativa, que le llevó desde su tierra natal, Creta, hasta Italia, para culminar su travesía en la España de Felipe II, donde El Escorial y Toledo cobraban un especial protagonismo.

Esta trayectoria vital fructificó en la configuración de un estilo muy personal, único e irreplicable, que marcó los cimientos para nuevas fórmulas de expresión artística, algunas de las cuales tardaron varios siglos en ser desarrolladas. Muchas personas influyeron en la configuración de la personalidad estética de El Greco y algunas de ellas aparecen en estas páginas, exponiendo desde una novelada visión su relación con el pintor cretense.



El Mediterráneo ha generado variadas expresiones artísticas, pero su ecléctico atractivo también ha sido la génesis de una rica tradición culinaria que se pone de manifiesto a través de amplia gama de propuestas gastronómicas que deleitan hasta al más exigente de los paladares. En la obra que presentamos aunamos literatura, pintura y gastronomía para ofrecer una particular invitación al disfrute de los sentidos con el objetivo de aproximarnos a la cultura de una forma amena, mostrando, además, nuestro compromiso con un estilo de vida saludable que se resume en una serie de recetas inspiradas en la cocina mediterránea, que nos ayudarán a conocer mejor la figura de El Greco y nos animarán a degustar unos platos que nos ayudarán a hacer de Castilla la Mancha una comunidad más activa, física y culturalmente.

Disfruten con el color y el sabor de nuestra cocina encuentada de El Greco.

M^a Dolores de Cospedal
Presidenta de Castilla-La Mancha









Quijote y Sancho, abren el telón y guían la historia

Una estancia, una mesa y un candil apagado, consumido por el uso.

Un hombre duerme sobre un colchón y se cubre, apenas, con una colcha adamascada.

Una corriente de aire acierta a pasar entre las hojas de la ventana abierta refrescando, levemente, una bochornosa noche del verano madrileño de 1614.

El hombre se remueve en la cama y las hojas de un libro abierto sobre la mesilla de noche, se alborotan dejando escapar los murmullos de una conversación:

-Quijote: ¡Despierta, Sancho amigo, despierta!

-Sancho: ¿Ya estáis en razón, ya me dejan veros?

-Quijote: Entra en razón tú, que nos requieren para dar explicaciones.

-Sancho: ¿El que duerme?

-Quijote: El que duerme ha venido a pedir las.

-Sancho: ¿A quién?

-Quijote: A don Miguel.

-Sancho: ¿Dónde está?

-Quijote: Consumiendo el candil en su gabinete. Escribiendo febrilmente, se aparece poseído.

-Sancho: Y de eso vos sabéis un rato.

¿Y el que duerme?

-Quijote: Antonio se llama. Han hablado mucho. Como cuando habla con nosotros.

-Sancho: Pero ¿éste es hijo de mujer o de pluma?

-Quijote: Parece que las dos cosas. Se dice amigo de don Miguel.

-Sancho: ¿Y lo es?

-Quijote: Él dice que sí. Y que ha venido a contarlo.

-Sancho: Pero ¿a contar qué cosa? No os enredéis que ya sabéis que os sigo pero si habláis en mi lengua y con el sentido.

-Quijote: Ha traído un paquete grande, como de un libro y se lo ha mostrado a don Miguel

-Sancho: ¿Y qué ha venido después?

-Quijote: Don Miguel se ha sentado y ha dado un golpe en la mesa.

-Sancho: ¿Le ha podido la ira? ¿Se ha enfadado con el durmiente?

-Quijote: No sé porqué, amigo Sancho, pero créeme si te digo que se lo ha agradecido.

-Sancho: ¿El qué?

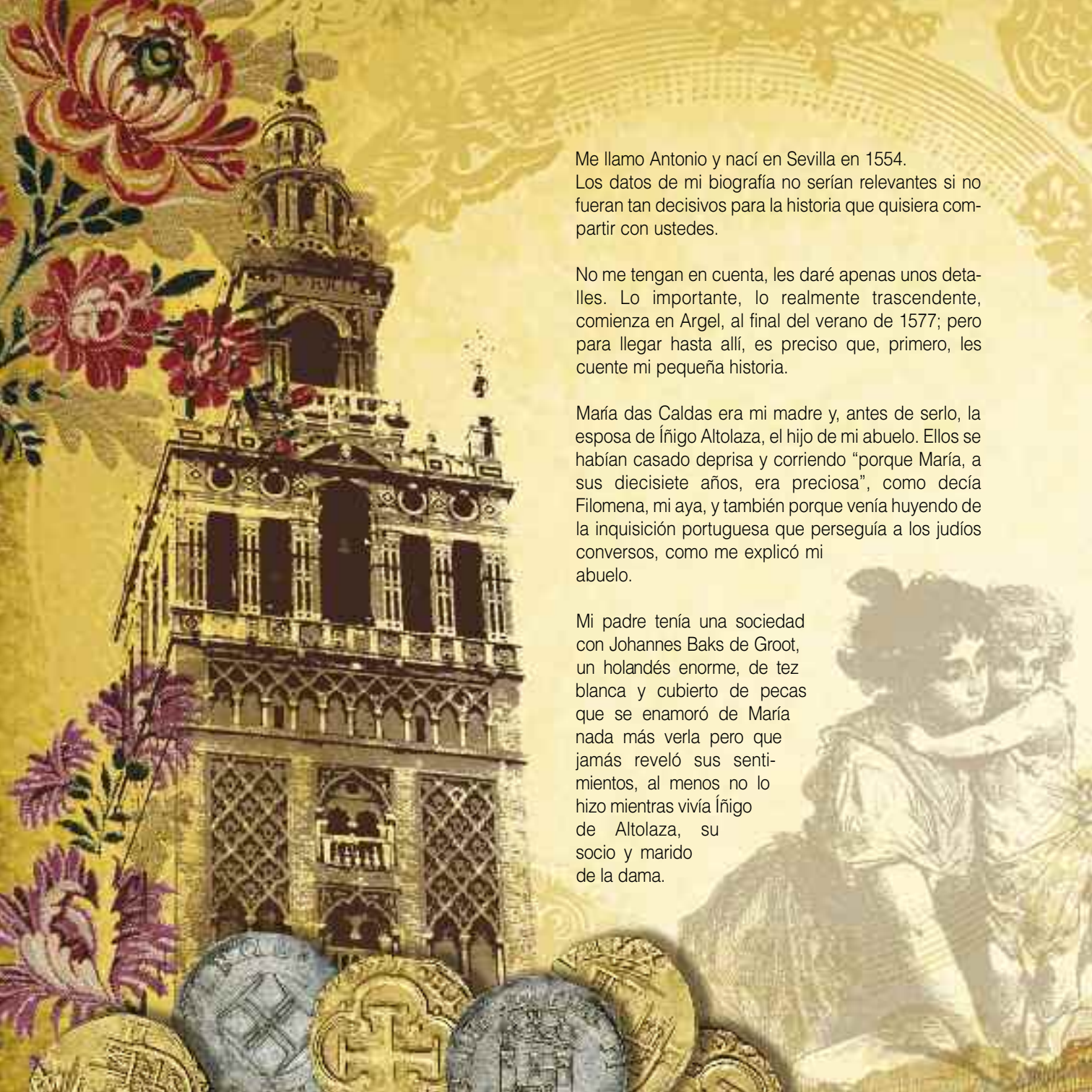
-Quijote: Lo desconozco, pero le ha dado las gracias y un abrazo. Parece que se conocen desde tiempo atrás.

-Sancho: ¿Y vos sabéis su historia?

-Quijote: De principio a fin.

-Sancho: Pues dígala ya, que estoy en un tiemblo.

-Quijote: Él mismo la tiene escrita, escucha:





Me llamo Antonio y nací en Sevilla en 1554. Los datos de mi biografía no serían relevantes si no fueran tan decisivos para la historia que quisiera compartir con ustedes.

No me tengan en cuenta, les daré apenas unos detalles. Lo importante, lo realmente trascendente, comienza en Argel, al final del verano de 1577; pero para llegar hasta allí, es preciso que, primero, les cuente mi pequeña historia.

María das Caldas era mi madre y, antes de serlo, la esposa de Íñigo Altolaza, el hijo de mi abuelo. Ellos se habían casado deprisa y corriendo “porque María, a sus diecisiete años, era preciosa”, como decía Filomena, mi aya, y también porque venía huyendo de la inquisición portuguesa que perseguía a los judíos conversos, como me explicó mi abuelo.

Mi padre tenía una sociedad con Johannes Baks de Groot, un holandés enorme, de tez blanca y cubierto de pecas que se enamoró de María nada más verla pero que jamás reveló sus sentimientos, al menos no lo hizo mientras vivía Íñigo de Altolaza, su socio y marido de la dama.





Poco después de la boda, en la primavera de 1551, Íñigo emprendió un largo viaje hacia las Indias Occidentales para llevar a cabo diversas transacciones económicas. Mi abuelo me aseguró que, en el viaje de vuelta, las bodegas volvían repletas de oro por expreso encargo del mismísimo Felipe II. Puede que fuera cierto porque, a pesar de que para el viaje se cumplió con la real Cédula de 1542 por la que las naos debían viajar en flota, el barco en el que viajaba de Alzola sufrió el ataque de los corsarios y nunca más se supo de los tripulantes ni de la carga.

Por supuesto, fue un duro golpe para mi madre pero, según Filomena, más por lo que le decían las señoras que tenía que sentir que por lo que ella misma sentía: “¡Pero si no habían compartido colchón ni un mes!” -lloraba Filomena-. Esa criatura casi no sabía ni qué lado de la cama prefería su marido.”

El caso es que Johannes tenía que recomponer la sociedad y quiso que María participara en ella.

-A tu madre le entró un agobio que pa qué las prisas, de nuevo, más por lo que le decían las señoras que por lo que ella sentía. Que si esa no era obligación de mujer, que si tenía que rehacer su vida buscando marido, que aún era joven. Menos mal que estaba el Johannes.

Él la supo consolar y darle confianza en sí misma. Y claro, ella que no era una señora ni una señorita sino una mujer de armas tomar, asumió su papel en la empresa.

Se enamoraron, Antoñito, como dos tórtolos y te pusieron en camino. Solo lo sabíamos Martinha, su doncella, y yo. Y hubieran podido seguir así, hubieran podido irse al Ámsterdam...

Pero no, ellos eran muy honestos, muy rectos y muy, muy tontainas, déjame que te diga. ¿No van y se casan y se lo plantan a tu abuelo?

No tienes idea de la que se lió.

Por lo visto, mi abuelo no quería ni oír hablar de su hijo muerto:

-¡Sin cadáver no hay muerto y tú, mujer, estás tan casada como el primer día, pero con mi hijo!

Si te quedas, no me temblará el pulso para levantar el escándalo en Sevilla y en el Imperio entero. ¡Te arruinaré, Holandés! Si desapareces con tu amante, yo criaré a lo que sea que nazca como si fuera de mi sangre.

Y en 1554, en plenas hostilidades, una vez más con Francia, en este caso por el matrimonio entre Felipe II y María I de Inglaterra en la ciudad inglesa de Winchester, María das Caldas y Johannes Baks de Groot, marcharon a Ámsterdam tan pronto como nació la criatura que, para alivio de mi abuelo, resultó ser otro Antonio.

C

ingredientes

Quijote y Sancho, abren el telón y guían la historia

Calamar gigante con mahonesa de cilantro

- 1 calamar de más de 1 Kg
- 2 huevos
- 100 g cilantro fresco
- Pasta negra de sepia
- Aceite de oliva
- Sal



curiosidad

Los calamares gigantes, agresivos e inteligentes, eran llamados Scylla en la Odisea de Homero y Kraken por los noruegos. Los antiguos tenían pánico a estas bestias marinas que pueden llegar a medir 22 m.



Se limpia con cuidado el calamar, sin ponerlo bajo el chorro de agua fría, para dejar vacío el interior. Se quita la telilla rojiza, se hacen cortes en los laterales y se reserva.



Se cuece la pasta en agua hirviendo con una cucharada de aceite de oliva. Es importante para la textura del conjunto que la pasta quede al dente.



Mientras se hace la mahonesa de cilantro a la manera tradicional, se calienta una sartén antiadherente y se cocina el calamar a la plancha. Se emplata todo junto en forma de nido de pasta.





Autorretrato de Cervantes

-Sancho: Pues a mí no me salen las cuentas, señor mío. De años van separaos y de Sevilla a Alcalá hay mucho trecho.

-Quijote: No seas mentecato que esto acaba de comenzar. Veamos cómo sigue. Ahora habla Don Miguel.

-Sancho: A ver si cogemos el hilo.

Me dispongo esta noche larga y entreverada de magníficos encuentros y constatadas traiciones, a escribir unas letras que puedan atestiguar mi procedencia para echar luz sobre los años que definieron, de una vez para todas, mi vida.

Años que determinan lo que soy y la obra que me trasciende. Años sobre los que voy a hablar con mesura de tiempo y espacio escaso.

Desembocan esos años en esta misma tarde, cuando se ha abierto la puerta de mi casa y el resto de mi vida, sin buscarle la medida, se ha puesto en marcha.

Llegué a este mundo en 1547 en el seno de una familia si no peculiar, cuando menos, interesante. Fui el sexto de siete y los otros eran tanto o más inteligentes que yo, aunque la fortuna ha querido que fuera yo quien destacara.

Me han llegado estudios, unos sesudos y otros

no, que aseguran que en mi vida juega un papel destacado mi abuelo, Juan de Cervantes; hombre de leyes y papeles, inquieto y muy valorado por muchos que apreciaban sus conocimientos y habilidades en las cosas públicas, aunque otros también lo rechazaban argumentando que ponía sus habilidades al servicio de sus intereses.

-Sancho: ¡Ya está! Ya no siga, mi señor don Quijote; aquí está: ¡los abuelos! Los dos tuvieron unos abuelos ricos y conocidos.

-Quijote: Paciencia, amigo Sancho, paciencia. Una coincidencia así no es suficiente. Prosigamos.

Mi padre heredó del suyo la necesidad de buscar una vida mejor; a nosotros, sus hijos, nos tocó heredar las consecuencias y a mí, particularmente, recoger el relevo de la vida inquieta. Dicen, quienes me conocen, que de ahí mis libros. Yo no sé qué pensar.

Si Alcalá me vio nacer, poco estuve entre sus calles, aunque me caló su sustancia. Que allí se cocían buenos caldos, no era ni es novedad; mis ojos de niño los vieron hervir y mis orejas estuvieron atentas a sus murmullos.

La Universidad de Cisneros entraba ya en la mocedad y los colegios despuntaban por doquier.

Al parecer, Valladolid fue mi segunda ciudad. Cuentan algunos escritos que a ella nos mudamos con algo de prisa buscando cambios, aunque también insisten que esos cambios llegaron, realmente, cuando la residencia familiar se estableció en Córdoba. Dicen que puede que fuera para recoger la herencia de mi abuelo, y dicen que puede que no.

El caso es que yo tome recurso de todas las experiencias y, más que de ellas, de los ambientes y personajes de cuya existencia tuve noticia entonces y cuya influencia se manifestó en mis escritos después.

Soy consciente de que no hay muchos detalles que saborear, sea porque no hay tiempo en este relato, sea porque muchos de ellos permanecen en la sombra; el caso es que poco más puedo ofrecerles, con solvencia, a día de hoy. Veremos si los festejos que para pronto se anuncian, me permiten presentarles mi infancia y primera juventud de una forma más enjundiosa.

Madrid fue la última ciudad cuyas calles anduve antes de partir para Italia. Una vez más apelo a su paciencia para no deshacerme en explicaciones

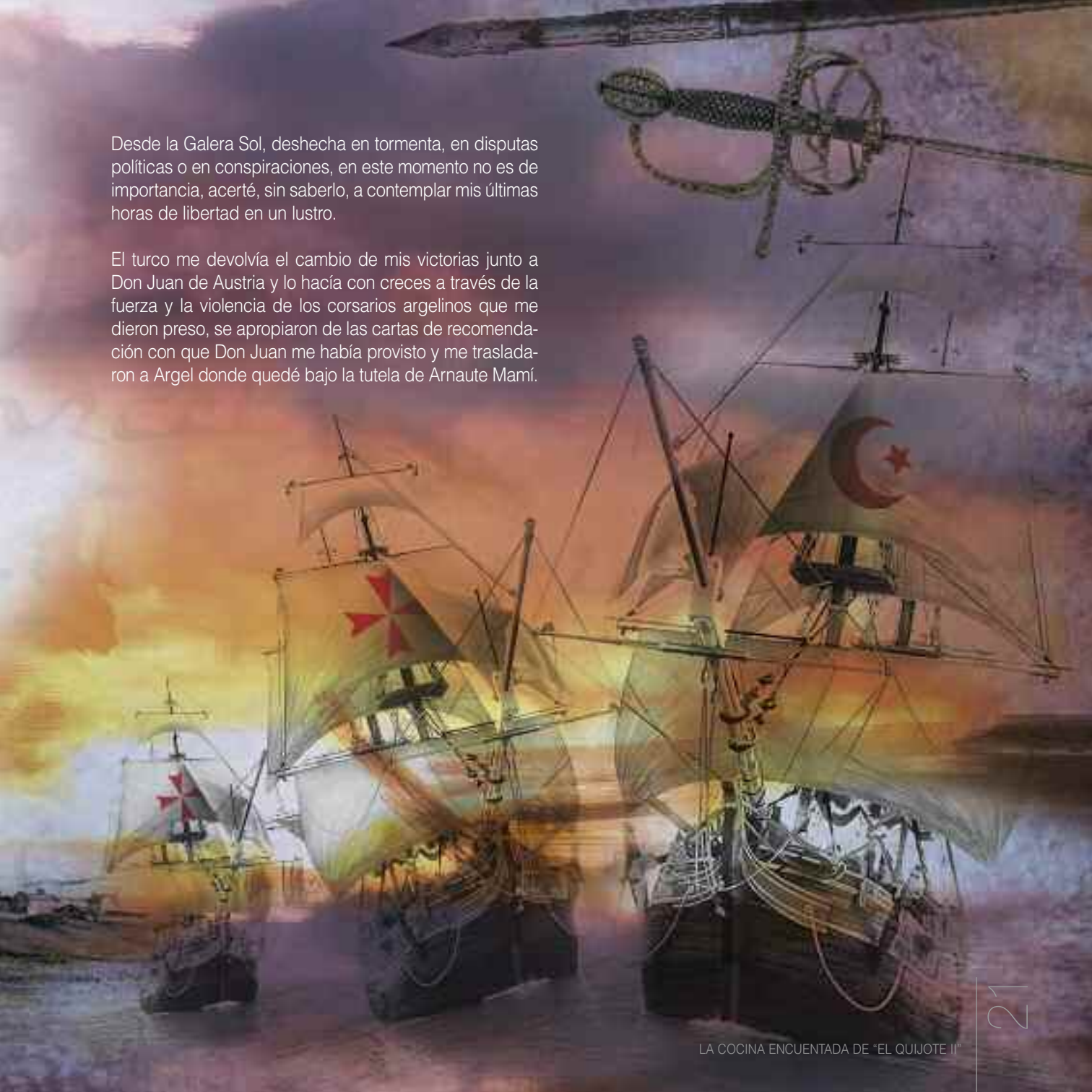
que nos tomarían, quizá, demasiado tiempo, mientras mis personajes aguardan para salir al encuentro de vuestras mercedes.

Con veintidós años llegué a los dominios españoles en Italia y poco después ya era soldado en la compañía Diego de Urbina, dispuesto a plantar cara al turco para devolverle la que le debíamos por lo de Los Gelves, diez años atrás, y para hacernos, de una vez por todas, con el dominio del Mediterráneo.

Aunque toqué la gloria de la victoria, no me salieron bien las apuestas, no en aquella batalla en la que, de tres alcabuzazos, me hirieron sin hundirme pero me dejaron manco de brazo presente. Medio año me costó reponerme de las heridas del cuerpo y desde el hospital de Mesina me encontré de nuevo, aunque mermado, preparado para el combate.

En modo alguno me resignaba a dejar de respirar los aires con que el Renacimiento había impregnado los ambientes italianos, ya les diré porqué cuando surja la ocasión. Además, me esperaban Ambarino o La Goleta, eso lo sabía, habría más batallas... Lo que no esperaba fue lo que ocurrió cuando terminaron y yo creí que regresaba a España. Habían pasado seis años desde mi partida, y los que habrían de pasar.





Desde la Galera Sol, deshecha en tormenta, en disputas políticas o en conspiraciones, en este momento no es de importancia, acerté, sin saberlo, a contemplar mis últimas horas de libertad en un lustro.

El turco me devolvía el cambio de mis victorias junto a Don Juan de Austria y lo hacía con creces a través de la fuerza y la violencia de los corsarios argelinos que me dieron preso, se apropiaron de las cartas de recomendación con que Don Juan me había provisto y me trasladaron a Argel donde quedé bajo la tutela de Arnaute Mamí.

Bacalao ajorriero

Autorretrato de Cervantes

ingredientes

- Medio bacalao desalado de primera calidad
- Pimentón ahumado
- Aceite de oliva
- Patatas
- Ajo
- Harina

curiosidad

En las aguas de Terranova (costa Canadá) confluyen una corriente de agua caliente y otra fría. El placton muere con la bajada de temperatura y se genera un banco de alimento, sin igual, para los bacalao.



Se pone a desalar el bacalao en una fuente con agua fría, durante 48 horas. Si la pieza fuera muy alta se hace un cambio de agua.



Se enharina el bacalao, sacudiendo los trozos para que no se pegue mucha cantidad de harina, y se fríen en abundante aceite de oliva. Se escurren en papel absorbente y se reservan.



Se hace un sofrito con ajo y pimentón y se vierte sobre el bacalao y las patatas, generosamente, para que el plato se impregne de los sabores.





E

l durmiente

cuenta su historia

-Sancho: Pinta mal, señor don Quijote. La razón abandona a don Miguel. Aún no se ha movido desde que empezó a escribir.

-Quijote: No estires tu entendimiento, Sancho, que no hay razón que pueda darte del caso que tú puedas comprender.

-Sancho: Si yo ya, después de tanto, no me meto con corduras, solo digo que pinta mal y me callo.

-Quijote: Déjate de aspavientos y no seas agorero, ahora no, amigo Sancho. ¿Has visto? La paciencia premia a quienes la practican. Ya tenemos a Don Miguel en Argel.

-Sancho: Pues no atisbo a recompensa alguna. Antes bien estaban separados pero en la Península los dos y ahora, que hay miles de leguas entre ambos ¿me decís que están más cerca?

-Quijote: Aguarda, Sancho, aguarda, que la historia de Antonio, que sigue durmiente, continúa y va aclarando los encuentros.

Sé que me acerco al final, o él a mí, que para el caso...

"Cinco toques Antoñito, no te olvides"- me decía Filomena para explicarme el aviso compasivo de la muerte para poder rezar a tiempo. "Reza entonces, Antoñito, que Él sabrá que estás llamando a su puerta".

Y así yo he ido contando los golpes que recibía y escuchando. Por eso lo sé.

Esta vez serán los cinco.

Fue uno en mi nacimiento, al que se refirieron como inadecuado o impropio.

Fueron dos cuando Filomena consiguió que supiera quién era.

Fueron tres después de lo de Génova y Argel.

Fueron cuatro sobre aquél caballo que galopó herido hacia un final, el suyo.

Y esta vez, como decía Filomena, serán cinco y "se abrirá la puerta del cielo".

Yo, que ya he visto muchas cosas, prefiero dejarlo en que se abrirá la puerta.

Debo apresurarme. El resumen de mi vida ha de terminar para que, quien lo desee, pueda entender mi viaje a Madrid y el objeto de mi llegada.

Nací en Sevilla y allí pasé una infancia sin penurias y sin padres, como tantos niños de entonces cuyos progenitores andaban inmersos en negocios comerciales con las rutas de las Indias, solo que en mi caso, era literal. Mis padres habían muerto.

Me cuidaba Filomena, mi aya y protectora junto a mi abuelo, mi referente en disciplina y deber.

Tanto me quería cuidar y proteger Filomena,

que me trastornaba con sus cataratas de palabras que caían desordenadamente en mi también desordenada cabeza infantil.

-Algo de lo que te vuelco te quedará, muchachito y, un día, lo sabrás todo.

-Pero Filomena, si yo ya lo sé todo –solía replicar yo para hacerla enojar en los primeros años y para son-sacarle información en los que vendrían después.

-No tienes ni idea, Antoñito- me respondía ella en las primeras ocasiones para acabar diciéndome: Qué ¿empezamos a hilar ya, caballere? Cuando pasé la frontera de los doce años.

Filomena era incontenible y tuvo que pasar todo lo que pasó para que yo comprendiera la necesidad de aquella maravillosa mujer de hacerme comprender.

Un día era un descuidado: -pero ¿de dónde habrán salido tantas pecas? ¡No se han visto en esta familia tantas pecas juntas en la vida!

Otro día un: -Antoñito, para de crecer, que en Sevilla vas a dar el cante.”

Como si crecer o decrecer estuviera en mi mano.

Por no hablar del sepulcral silencio que se guardaba en la casa cuando se me ocurría preguntar por mis padres.

Que yo recuerde, gracias a Filomena claro, mi abuelo solo se refirió a mi nacimiento en una ocasión calificándolo de inapropiado. Primer toque.

Contaba yo unos siete años y no me di cuenta, pero Filomena se encargó de recordármelo muchas veces, especialmente una.

Porque, si el niño no hacía caso de los aspavientos de la buena de Filomena, que intentaba ponerle las pistas para que él diera con el secreto, con el adulto en ciernes, las cosas cambiaron.

Una tarde de otoño de 1573 Filomena se fue, definitivamente, de la lengua.

Yo, a instancias de mi abuelo, estaba acabando los estudios de Derecho civil en la Universidad de Sevilla. Los exámenes se precipitaban y la buena de Filomena me mimaba aún más.

-¿Quiere mi niño una taza de chocolate?

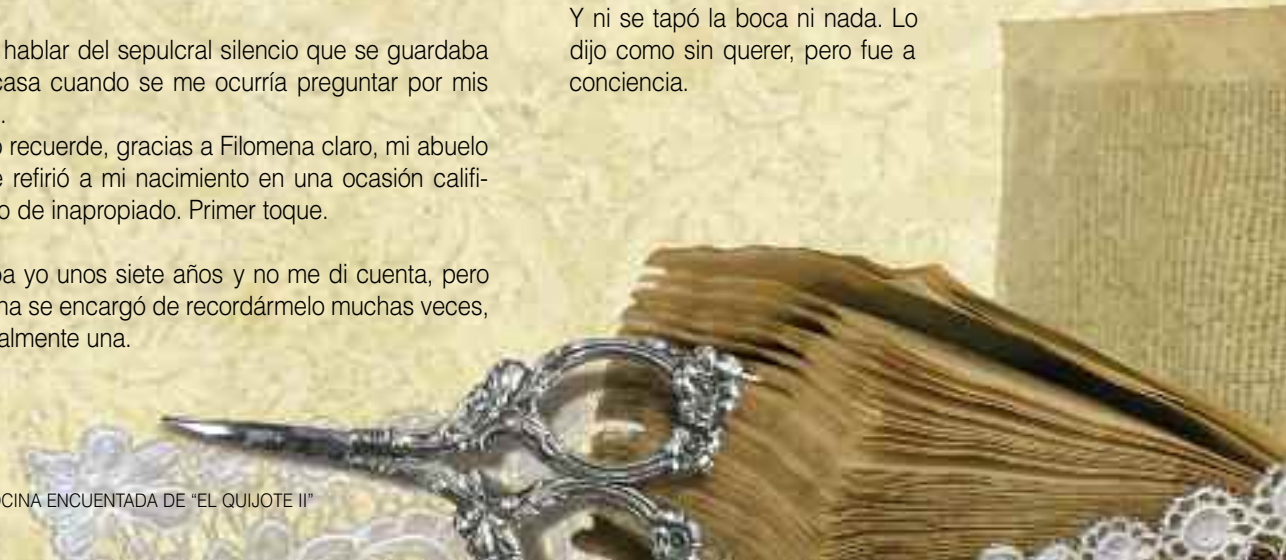
-Que no, Filomena, que no. ¿Cómo te tengo que decir que no me gusta el chocolate?

-Pues de café, ángel mío, que es lo que toman los señoritos de vuestra edad.

-Filomena, no te pongas pesada que el café no me hace gracia. ¿No habrá un poco de ese té que guardas en la cocina?

-Si es que no puede ser de otro modo, la cabra tira al monte y a ti te gustan los hierbajos porque en los montes del norte todos sois iguales.

Y ni se tapó la boca ni nada. Lo dijo como sin querer, pero fue a conciencia.



Salí a la carrera al gabinete de mi abuelo. Ni llamé a la puerta ni me disculpé por no hacerlo. Entré rojo de ira ante la verdad que adivinada, salí blanco de cera, con las sospechas confirmadas. Mi abuelo no escatimó ni un detalle y yo me sentí como si se me hubiera muerto algo por dentro y algo se hubiera resucitado, porque ahí me di cuenta de que, saber, yo ya sabía.

Filomena me esperaba solícita para repetirme las palabras del abuelo sobre mi nacimiento, quizá porque intuía que ahora las escucharía entendiendo plenamente su significado.

-Inapropiado, así dice don Antonio que fue tu nacimiento, pero no se lo tengas en cuenta, él te quiere y, a su manera, ha intentado protegerte.

Filomena me abrazó varias veces esa tarde, pero yo sentía que abrazaba a otro. Y fue el segundo toque.

Me había criado como Antonio de Alzola pero ahora ya sabía que mi nombre era Antonio Baks de Groot.



C

ingredientes

El durmiente cuenta su historia

chocolate con tortas

Chocolate:

- Chocolate a la taza (alta concentración de cacao)
- Pizca de sal

Tortas:

- 4 huevos
- 100 g azúcar
- 125 g harina
- 1 limón
- 5 g mantequilla



Las tortas de Alcázar, originales, eran los restos del famoso pastel de la Inmaculada que hacían las monjas del convento de Santa Clara.



Se pone una pizca de sal en un cazo para fundir sobre ella el chocolate y potenciar su sabor. El resto de los ingredientes se reservan.



Se prepara la masa de las tortas batiendo las claras de los huevos a punto de nieve y mezclando después el resto de los ingredientes.



Mientras las tortas se hornean a unos 160 grados, más o menos durante diez minutos, o hasta que estén cuajadas sin llegar a dorarse, se funde el chocolate a fuego lento y sin dejar de remover.







La soledad de Argel y el primer encuentro

-**Sancho:** De manera que otro que se pone de viaje.

-**Quijote:** Va a su encuentro.

-**Sancho:** Muy seguro os veo, amo.

-**Quijote:** Sé la historia de don Miguel y este muchacho de tinta o de carne, se está acercando poco a poco. Deja que continúe.

-**Sancho:** ¿Y a quién hay que prestar oreja ahora?

-**Quijote:** Habla don Miguel, escucha, Sancho, escucha que después serán ellos los que hablen de nosotros largo y tendido.

Qué recibimiento el mío y qué días los que lo siguieron. Sin duda, como comprobé más tarde, se me tuvo por importante caballero. Las cartas de recomendación que, tan cortés y amablemente había redactado para mi don Juan de Austria, se tornaron, paradójicamente, en mi contra; aunque también contribuyeron a preservar mi vida. Eso y el empeño de mi familia por liberarnos, mi hermano Rodrigo había sido apresado conmigo, nos convirtió en presa valiosa para el turco.

Resuenan en mis oídos las palabras de Mami.

-**Arnaute Mami:** Principal persona y poderoso caballero habéis de ser cuando vais tan guardado de papeles.

Está por ver cuánto conseguimos sacar de esta pieza; pondremos quinientos ducados para empezar.

Y allí comenzó la verdadera aventura de mi vida. Y digo la verdadera con todo el sentido; yo no poseía ningún control sobre los acontecimientos, mi vida cautiva, pendía del capricho de un segundón, un tal Dali Mami que, a juzgar por los hechos, se ocupaba de recordarme mi condición de preso a la vez que me procuraba una existencia que no pusiera en apreturas mi salud.

Hasta cuatro veces intenté liberarme del turco albanés. Pediría al amable lector que revisara mis obras para que sacara sus propias conclusiones a cerca de mis experiencias, pues creo que todo lo que conocí, y fue mucho, ha quedado plasmado en ellas. Lo haría, digo bien, de no ser porque ya lo han hecho otros y muchas de las conjeturas e hipótesis que han alcanzado sobre mi condición o creencias, en ocasiones me asombran y, por momentos, me sonrojan.

Mantengo un pulso con el espacio del que dispongo en estas páginas para dar un breve apunte de mi existencia que conduzca la historia a



buen puerto, como mantengo la promesa de contarles, de viva voz, lo que yo considero mi vida, si es que llega el momento oportuno.

Por ahora, decir que en aquél Argel encontré gentes de toda raza y condición; los hubo sin principios y también leales hasta las últimas consecuencias y, por el camino, encontré otros que se quedaban a medias entre las dos aguas y acabaron por ahogarse.

La riqueza de la ciudad, como en su historia no se ha visto igual, ni en mis tiempos ni en los que vinieron después, se palpaba por doquier.

Durante la primera etapa de mi vida cautiva, me reencontré con mi hermano Rodrigo y buscamos la manera de recuperar la libertad. Fue el primer fracaso. Delatados por el guía que había de llevarnos a Orán a pie –ahora soy consciente de lo ingenuamente que actuamos en la creencia de que tal gesta era posible– fuimos devueltos a nuestros cancerberos que, en esta ocasión, se comportaron como tales, encadenándonos para evitar nuevas fugas.

Pero el tiempo pasaba y la disciplina se relajaba. Pudimos planear una segunda fuga aprovechando la llegada de la galera san Pablo y la complicidad de mi hermano Rodrigo quien, como es natural, había sido liberado previo pago al turco de un rescate que, tristemente, no alcanzaba para los dos.

De nuevo la traición condena al fracaso el intento y a mí a un baño, que por baños se tenían las prisiones de esclavos, como seguramente sabréis, encadenado y castigado por declararme organizador de la fuga. Mas las cosas no son solo lo que

parecen, y acabando mi pena y cumplido mi castigo, tuve la oportunidad de conocer a un personaje singular: Antonio Baks de Groot. El tercer Antonio que acompañaría a mi alma en aquellos baños en los que se me privó de la libertad física dándome alas, en justiprecio de intercambio, para la libertad creativa.

De aquellos días nacieron mis hijos principales. Durante aquellos días recibí mi sentido de la lealtad la forja definitiva. Descubrí mi alma la tragedia de la traición, pero la benevolente fortuna quiso darme a probar, también, el sabor de la fidelidad y las amistades verdaderas: Antonio Sosa, Antonio Veneziano y Antonio Baks de Groot son buen ejemplo de ello. De los otros callo, no porque me falten los nombres sino porque ando corto de espacio y de tiempo. Ya llegará su hora.

-Quijote: ¡Ahí lo tenemos!

-Sancho: Y bien que nos ha costado, mi señor don Quijote.

-Quijote: Ya están juntos y en Argel, Don Miguel lo nombra aunque el otro puede no haberse atrevido aún por el respeto que don Miguel le invocaba.

-Sancho: O por que no supiese el nombre.

-Quijote: ¡No seas zoquete y abona la mollera, Sancho! ¿No ves que Antonio aún no ha llegado a Argel, que no se conocen? ¡Lo dejamos camino de Ámsterdam!

-Sancho: Entonces, mi señor, ¿cómo iba a nombrarlo? ¡Ni sabía el nombre ni conocía al ilustre!

-Quijote: Veamos cómo se torna Antonio de hombre libre en cautivo.

Galerada deliciosa

La soledad de Argel y el primer encuentro

ingredientes

- Berenjenas
- Tomates
- Peras
- Champiñones
- Níscalos
- Pan
- Queso Gorgonzola
- Queso manchego curado
- Panceta ahumada
- Panecillos variados



El queso del que fuera un pequeño pueblo cerca de Milán, hoy suburbio de la gran ciudad, se llamaba en el siglo XI Stracchino, "cansado" por referirse a la larga ruta que tenían que hacer los pastores con sus vacas buscando el pasto adecuado.



Se pela la berenjena y se soasa a fuego lento mientras se lavan los champiñones y niscalos sin dejarlos en remojo. Se abren las barritas de pan y se reservan.



Se soasan los champiñones con el tomate en una sartén; en otra la berenjena con el queso manchego y en una tercera los niscalos con la panceta ahumada finamente cortada.



Se untan las barcas de pan con gorgonzola y se colocan las láminas de pera encima, se hornea todo durante 15 minutos aproximadamente a 170 grados. Se arman los diferentes canapés y se sirven calientes.



